

TONI GARCIA RAMON

MATA A TUS ÍDOLOS

ÍNDICE

Introducción: 8.160 películas	13
Sí. Seguro	17
Que Al Pacino ni Al Pacino	21
Harrison me ha robado el móvil	27
Cuando casi entrevistado a John Cusack	31
Una excavadora	37
Especialmente flatulento	41
El ping de un mensaje	45
Markus	47
El gladiador jubilado austriaco	49
Paga, Michael	55
—¿Es esta su maleta, señor?	59
Mi culo o mis bragas	65
Algo de fumar	71
Adicción a Helen Mirren	77
Mata a tus ídolos	81
Si no quieres jugar, no jugamos	85
<i>El abuelo congelado</i>	91
Última pregunta	97
¡Miiiiiiiiiiiiichaeeeeellllll!	103

Tony loves Spike	107
Malditos publicistas	111
Cuando Nicholson se quitó las gafas	115
Libros «de ese tipo»	119
La cuarta esposa	125
El señor Blu	131
El señor negativo	137
Porros de orégano	141
Gordo	145
Nunca un festival en Europa del Este	149
¿Te gusta mi disfraz?	157
Barco vikingo	163
La entrevista más larga	167
Epílogo: <i>name dropping</i>	173
Agradecimientos	177
Índice de nombres propios, personajes y películas	181

*A Marta,
me, I've found someone to love
more than rain*

La vida es una mierda y encima te mueres.

Peter Bagge

INTRODUCCIÓN: 8.160 PELÍCULAS

En el verano de 1983, mis padres me compraron un vídeo.

En realidad, fue un poco más complicado. Digamos que en el verano de 1983 no dejé de molestar hasta que mis padres me compraron un vídeo. Yo tenía doce años y un apetito voraz por el cine, que había descubierto cuando, un domingo por la mañana, mi abuela me llevó a ver una película de *Los Pitufos*.

En la primavera de 1983, mis tíos se habían comprado un vídeo. Mis tíos vivían encima de la casa de mi abuela. Recuerdo bajar las escaleras aturdido, después de ver cómo el imbécil de mi primo metía un cartucho negro en un aparato metálico y en la tele aparecía la inscripción *Conan, el bárbaro*. Pocas semanas después, el vecino del cuarto también tenía un vídeo. Me invitó a su casa a ver una película. De nuevo, el mismo truco: el cartucho, el aparato. Y de nuevo la misma película: *Conan, el bárbaro*.

Aquello hizo mella en mi alma de cinéfilo incipiente. ¿Qué magia negra era aquella que permitía a cualquier hijo de su madre ver en casa una película? Y —sobre todo— ¿por qué no tenía yo uno de esos malditos aparatos? La Guerra Fría de los años cincuenta fue una broma si la comparamos con mi actitud aquellos meses

en casa: mis lamentos, cada vez más graves, a veces acabados en una especie de letanía cercana al llanto. Y la misma respuesta por parte de mi madre: «No hay vídeo. No tenemos dinero para ningún vídeo». Mi padre no decía nada y siempre sospeché que anhelaba aquel aparato demoniaco casi más que yo.

Un lunes, sin previo aviso, cuando volví del colegio, mis padres estaban sentados en la mesa. «Vamos a ver a tus abuelos», dijeron.

En realidad, fuimos a una de las tiendas más célebres de mi pueblo. Allí, mis padres, mientras yo procedía a sufrir un vahído, me compraron un vídeo de la marca Hitachi. Un armatoste que pesaba más que un portaaviones. El Hitachi tenía función SP/LP. Lo que significaba que podía grabar el doble de metraje con la mitad de calidad.

Después, alquilamos *El coloso en llamas*. Y la vimos juntos: mi padre, mi madre, mi hermana y yo.

Aquella noche fue una de las más felices de mi vida.

Al día siguiente, el único niño de mi clase que tenía a bien hablarme me dijo que había un videoclub gigantesco en algún rincón del pueblo y me dio indicaciones precisas para llegar allí. El viernes, como si fuera uno de los protagonistas de *Cuenta conmigo*, emprendí un viaje a aquel lugar. Se llamaba Videoclub Mataró.

Entrar allí fue como ver *Blade Runner* por primera vez; o leer *La historia interminable*. Como el primer beso con alguien a quien has deseado mucho tiempo. Como un sorbo de champán francés helado después de haber cerrado un negocio millonario.

Había centenares, miles de películas. Divididas por géneros, a veces en doble fila. Era mi jodido paraíso. Mi bosque, mi río, mi cielo, mi amor eterno. Un paisaje de películas que se

extendía hasta el infinito, como en aquel cuento de Borges. Aunque en su caso fueran libros.

Desde 1983 hasta 1996 alquilé en esa tienda más de ocho mil películas. ¿Y cómo lo sabe?, se preguntarán los escépticos con razones de sobras para hacerlo. Pues porque conservo —en algún lugar de mi casa— las fichas originales, escritas a mano. Cuando el videoclub cerró (y cerró), Josep, el jefe, me las regaló. Se había molestado en contar cuántas películas había visto. En cada página cabían unas cien películas, y se utilizaban por las dos caras. Yo tenía cuarenta y una páginas de películas. «8.160», había escrito a lápiz en la primera página.

«Eres el cliente que más películas ha alquilado en este videoclub.»

El videoclub cerró y ahora es una tienda de chucherías, pero cuando cuentas una historia así sabes que —inevitablemente— alguien va a acusarte de ser un nostálgico, y lo cierto es que en estos tiempos pueden acusarte hasta de eso: de ser un nostálgico.

En 1994 cubrí mi primer festival de cine, si con «cubrir» me refiero a escribir en mi propio cuaderno las impresiones sobre las películas que veía. Fue gracias al quiosquero de mi barrio (Bruno), cuyo hermano (Fernando) era por aquel entonces el director del Gran Meliá. En el hotel se celebraba el festival de cine fantástico y de terror de Sitges, y Fernando me consiguió entradas para todas las sesiones, una habitación a un precio ridículo y algunas comidas gratis.

En 1997 cubrí mi primer festival de verdad, en San Sebastián, y en 1999 fui a molestar a Venecia, cosa que seguirá haciendo durante más de una década. A principios del siglo xx, ya andaba por ahí de cronista oficial de algún periódico nacional, y todo porque en el verano de 1983 mis padres me

compraron un vídeo Hitachi y alimentaron mi obsesión por el cine, una obsesión que jamás he superado y que no tiene cura posible.

Mata a tus ídolos es un compendio de historias, vividas a lo largo de más de veinte años en los que me han pasado cosas singulares. Se han quedado fuera algunas que no daban para nada más que un par de líneas: como aquella en la que uno de los perros de Jean-Claude Van Damme se murió mientras yo le hacía una entrevista por teléfono; o aquella otra en que, después de perseguirme durante más de una semana, accedí a entrevistar a una directora llamada Clare Peploe. Cuando me senté en la silla, la publicista me dijo «última pregunta». Fue la entrevista más corta de la historia. La otra publicista de la película me llamó luego y me preguntó qué podía publicar con aquel material: «Cuatro páginas y portada», le dije. O cuando Giovanni Ribisi me tiró un café por encima y me quemó una mano, o cuando una compañera se abrazó a George Clooney y le dijo «George, George, ¿me recuerdas? Dime que sí». O cuando Gwyneth Paltrow le dijo a un periodista italiano que había acercado demasiado la silla a la suya: «¿Quieres sentarte en mi regazo?». O cuando salía corriendo de una entrevista a Nicole Kidman y me topé en el pasillo con Lauren Bacall, que me espetó: «¿Por qué corres?, ¿es por algo que he dicho?».

Naturalmente, este libro es para mis padres, Antonio y Farnés, que nunca creyeron que pudiera ganarme la vida escribiendo de cine y que —me temo— tenían toda la razón.

Va per vosaltres, papes.

SÍ. SEGURO

El 24 de agosto de 2012 llamé al timbre de la puerta de María Belón. María vivía en Madrid, donde había llegado desde Japón. A Japón llegó desde Tailandia, donde la había sorprendido el tsunami más grande de la historia, provocado por un terremoto de intensidad 9.3 en la escala de Richter. María sobrevivió, y logró además salvar a sus hijos. En el tsunami, acaecido la mañana de un 26 de diciembre (de 2004), murieron 220.000 personas, pero, aunque se llevó por delante a esta madrileña tozuda y sin pelos en la lengua, no logró torcerle el brazo. Estuve charlando con ella unas cuantas horas, en el patio de su casa, con una brisa suave y una cerveza, y a pesar de que me daba algo de miedo porque uno no sabe cómo coño preguntar ciertas cosas, fue una experiencia bestial cambiar por unos minutos al actor de Hollywood, que solo sabe hablar de sí mismo y de por qué es tan especial, por un ser humano de una envergadura tan gigantesca.

Al acabar la entrevista, nos quedamos en silencio. El viento movía los árboles y por primera vez en mucho tiempo

sentí algo de tranquilidad. María me miró y me dijo «A ti te pasa algo, ¿qué te preocupa?». Es extraño sentir la tentación de confesarse ante un desconocido, pero después de que ella me contara cómo trataba de nadar mientras veía morir a centenares de personas, sabiendo que sus hijos podrían haber muerto también, sentí que yo también podía sincerarme con ella, contarle cualquier cosa. Así que le confesé que hacía tan solo unos meses, le habían diagnosticado un cáncer a mi madre. Uno de los muy agresivos. Mi madre acababa de jubilarse y tenía planes de futuro, pero eso al cáncer no le importaba: en unas semanas ya se había llevado los planes y el futuro, y de mi madre no quedaba nada más que una carcasa frágil, que se rompía cada día un poco más. Pero a pesar de todo, se resistía a irse. Ahora estaba en un hospital, sedada, y mi hermana, mi padre y yo solo esperábamos que tuviera un final más plácido de lo que había sido el proceso que la había llevado hasta allí.

María me miró y guardó silencio. Luego me dijo algo que a pesar de mi mala memoria aún recuerdo: «Tu madre tiene miedo de morir porque no sabe qué hay al otro lado. Dile que al otro lado solo hay tranquilidad». No dijo nada más.

Aquel fin de semana tenía que irme a Londres, pero como el viaje se canceló, me fui directamente al AVE y llegué pronto a Barcelona. Fui directo a ver a mi madre, que por razones que me cuesta comprender, estaba despierta y serena. Una semana antes mi padre me había dicho: «Hoy tu madre está mejor, aún no me ha insultado». El cáncer se había extendido y afectado al cerebro, y mi padre —que se pasaba el día en casa con ella— había tenido que lidiar con los efectos: desde que ella insistiera en comprarle camisetas con las portadas

de discos de AC/DC o Metallica (esta última con la inscripción *Metal up your ass*) porque «siempre vas vestido como un viejo» a episodios más terrenales, con epítetos cuasi cómicos: «Hijo de puta, a ver si aprendes a cocinar».

Pero aquel día no había efectos de ningún tipo: solo estábamos ella y yo.

Así que me preguntó qué tal estaba y qué había estado haciendo. Yo le conté lo de María. Mi madre sabía quién era, la había oído hablar por la radio, y le había gustado aquella mujer. Le conté nuestra conversación, y solo al final, me atreví a decírselo: «María me ha dicho que no tengas miedo de irte, que al otro lado solo hay tranquilidad».

Mi madre me miró de una forma extraña. Era una mujer resistente, con muchísimo carácter, que había tenido que luchar cada minuto de su existencia contra los que creían que tenía que estar satisfecha de lo que tenía, sin aspirar a nada más. Pero como había hecho María un rato antes, me miró y no dijo nada. De hecho, ya no me dijo nada más.

Murió unas horas después. Mientras yo leía un libro a su lado.

Pasó menos de una semana y tuve que seguir a lo mío, tampoco podía hacer otra cosa.

Lo imposible, la película dirigida por Juan Antonio Bayona sobre la historia de María Belón, se estrenaba en la Mostra de Venecia. Yo tenía que hacer un reportaje sobre la película para *El País Semanal* (por ese mismo motivo, entrevisté a María) y allí me esperaba Naomi Watts, que interpretaba a la propia María Belón.

Así que llegué al Lido de Venecia, me fui al Excelsior, uno de esos hoteles italianos que parecen atrapados en el tiempo,

lo cual, aunque es a un tiempo fascinante y cutre, siempre me había gustado. En la segunda planta, en una de las *suites*, me esperaba Watts. Llamé a la puerta y me abrió María.

No esperaba encontrarla allí y reconozco que me pilló con la guardia baja. No hizo falta decir nada, solo me abrazó y se me abrió el grifo. Watts llegó cuando estábamos los dos llorando como si nos hubiéramos escapado de uno de esos dramas estadounidenses, uno de esos en los que los protagonistas se encuentran mientras suena una canción triste y la cámara realiza un contrapicado, justo antes de que aparezcan los títulos de crédito.

La actriz preguntó qué estaba pasando y María le dijo, simplemente, «Su madre acaba de morir». Y Watts hizo lo que hubiera hecho una persona normal: me abrazó. Y luego a María. Y luego nos abrazamos los tres.

Lo reconozco: por un momento pensé qué hacía yo, un chaval de pueblo, abrazado a la superviviente de uno de los peores desastres naturales de la historia y a una estrella de Hollywood. Después pensé que a mi madre le habría gustado oír la historia y que a continuación me hubiera dicho algo que solía decirme cuando volvía de algún viaje y le contaba que había estado con George Clooney o Tom Hanks.

«Sí. Seguro.»